

UN EXTRAÑO
DESCUBRIMIENTO

CHARLES ROMYN DAKE

TRADUCIDO POR OSCAR MARISCAL



Presenta

Colección



Nosferatu



Un extraño descubrimiento

Charles Romyn Dake

Traducción de
Óscar Mariscal

Créditos:

Un extraño descubrimiento

Primera edición digital: mayo 2016

Código: 9785400038635050080

Autor: Charles Romyn Dake

Traducción e introducción: Óscar Mariscal

Ilustración de portada: Pablo Uria (pablouria.com)

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Karolina Llergo Uribe

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Los fragmentos originales de *Aventuras de Arturo Gordon Pym* de Edgar Allan Poe que aparecen citados en esta novela proceden de la versión de Fernando Gutiérrez y Diego Navarro: Hispano Americana de Ediciones (Barcelona, 1944).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Charles Romyn Dake y el secreto de la gran figura blanca

La Narración de Arthur Gordon Pym y sus continuaciones

«¿Qué era esa cortina blanca que colgaba del cielo y qué hacía que el océano estuviera tan rabioso? ¿Qué provocaba en esos salvajes del Antártico ese pánico hacia todo lo blanco, y cuál era el significado de los jeroglíficos grabados en las paredes de granito? Y sobre todo: ¿quién era esa gigantesca mujer amortajada que apareció frente a la canoa? Si el señor Poe desconocía todos estos detalles, ¿por qué nos dejó con la miel en los labios?» Estas preguntas, que todos los lectores de *la Narración de Arthur Gordon Pym* (1838) se han hecho alguna vez –acaso no de forma tan descarnada–, las pone Charles Romyn Dake en boca de uno de los personajes de *Un extraño descubrimiento* (1899).

No es raro que alguien que consagra su única novela a continuar la, a su vez, única novela de

Edgar Allan Poe (1809-1849) sostenga, para sus propios fines narrativos, la inconclusión –y de paso la autenticidad– de esta obra del genial bostoniano. Sin embargo, con esta actitud Dake se suma –intencionalmente o no–, al debate abierto sobre la *integridad* de la novela del *Pym* a que dieron lugar tanto su *finale presto* como la *Nota final*. ¿Dejó Poe inconclusa su *Narración*? «El problema, quizá insoluble –sostiene Julio Cortázar–, «está en explicarse si abandonó la tarea por fatiga o carencia momentánea de invención, o si la obra se lo impuso. Una lectura atenta tiende a apoyar esta segunda hipótesis».

Arthur Hobson Quinn, el gran biógrafo de Poe, carga contra quienes sostienen la teoría de la «obra inacabada»: «Olvidados ya los detalles del viaje de Pym, la imagen de la misteriosa figura blanca permanece, estimulando la imaginación de esos lectores que no necesitan que se les explique todo palabra por palabra»¹. En la misma línea, Cortázar especula que «más que abandono, el autor estaba inaugurando a su manera lo que hoy se da en llamar ‘obra abierta’, ese dar paso al lector para que

¹ *Edgar Allan Poe: a critical biography* (D. Appleton-Century Co., 1941).

imagine, complete e incluso transforme lo que el novelista le ha puesto entre las manos».

Otras dos voces características de esta facción son las de Patrick F. Queen² y Lloyd Currey³: «Lejos de ser un cúmulo de eventos horribles sin sentido, la *Narración* está estrictamente organizada y hábilmente desarrollada, y a pesar de algunas falencias muy obvias es notablemente coherente en cuanto a estructura y tema». «Un estudio detenido de su argumento y desarrollo» –sostiene el segundo autor citado– «revela la coherencia de la novela tal y como está».

De entre los partidarios de la «tesis fragmentaria» destaca, por su audacia, el profesor James Osler Bailey: «La inacabada *Narración de Arthur Gordon Pym*, es un fragmento que describe un viaje cuyo destino es una aventura en la *Tierra hueca* descrita por John Cleves Symmes en su ‘teoría de las esferas concéntricas’»⁴. Bailey sitúa la novela de Poe en una

2 «Poe’s imaginary voyage» (*The Hudson Review*, Vol. 4, N° 4, 1952).

3 Introducción a *A strange discovery* (Gregg Press, 1975).

4 *Pilgrims trough space and time* (Argus Books 1947).

saga sobre la exploración del *mundo interior*, en la que sucedería a *Symzonia* (1820) del Capitán Adam Seaborn y precedería a *A strange manuscript found in a copper cylinder* (1888) de James DeMille y *The secret of the earth* (1899) de Charles Willing Beale; sutilmente entrelazadas por unos misteriosos caracteres arábigos cincelados en pavorosos abismos de granito negro, y una tortuga tallada en la proa de una canoa encallada en el islote de Bennet.

De acuerdo con esta tesis ni *La esfinge de los hielos* (1897) de Julio Verne (1828-1905), ni la obra que ahora presentamos al lector hispanohablante – las dos únicas continuaciones directas del *Pym* de Poe–, ni *Conquête de l'éternel* (1947) de Dominique André, ni *Quién llama en los hielos* (1957) de Miguel Serrano –los homenajes más explícitos– podrían encuadrarse en esta saga «gótico-polar», a la que en cambio sí pertenecerían novelas más recientes como *Black as the pit, from pole to pole* (1977) de Steven Utley y Howard Waldrop, y *The hollow earth* (1991) de Rudy Rucker.

H. Bruce Franklin⁵, sin salirse del papel de estudioso serio y comedido de la ciencia ficción

⁵ *Future perfect* (Oxford University Press, 1968).

norteamericana del siglo XIX, coloca «la incompleta *Narración de Arthur Gordon Pym* de Poe» junto a otras «obras maestras inacabadas» como *The great dark* de Mark Twain y *The sense of the past* de Henry James.

Aun siendo numerosas las obras que homenajean o introducen en sus tramas elementos de la *Narración de Arthur Gordon Pym*, sólo es justo calificar de «continuaciones» a las firmadas por Verne y Dake por aventurar, cada una a su manera, lo que Pym y Peters vivieron a partir del momento en que, llevados por una rápida corriente oceánica, se abisman en la sima que se abrió para recibirlos y la gran figura blanca aparece en su camino...

Le sphinx des glaces, serializada en el *Magasin d'Éducation et de Récréation* (del 1 de enero al 15 de diciembre de 1897), es la secuela más racionalista y literal de las dos y también uno de los *voyages extraordinaires* más flojos del visionario de Nantes. Y sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Verne por «explicar» y alterar numerosos hechos registrados por Pym, a fin de encajarlos en su propia trama, ofrece algunas imágenes realmente memorables: «¿es la esfinge de hierro del Polo la versión

juliovernesca de la gran figura blanca?»⁶ Por otra parte, *La esfinge* es probablemente el mejor ejemplo del tratamiento de las ideas de Poe que Verne inicia en las *Aventuras del capitán Hatteras* (1864) y continúa en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), *La isla misteriosa* (1874), *Un invierno entre los hielos* (1874) y *Escuela de robinsones* (1882).

Aunque la 1ª edición en lengua inglesa de *La esfinge* es de 1898, no hay evidencias de que Romyn Dake la leyera antes o durante la redacción de su novela; no obstante, existen ciertos paralelismos entre las dos secuelas: la inclusión del *simiesco* Dirk Peters como secundario «de lujo» que hace gala en todo momento de una agilidad y fuerza física sobrehumanas, y de sendos personajes obsesionados, por diferentes razones, con el diario de Pym: el huraño capitán Len Guy del escritor francés –hermano del capitán Guy de Poe–, convencido como está de que la célebre novela no es sino una relación de hechos verídicos, y el flemático doctor Bainbridge –quizá un trasunto del propio Dake–, que confiesa: «desde siempre me recuerdo tratando de encontrar una explicación razonable

6 Joaquín Palacio y Penélope Field: "Alrededor del Pym de Poe" (Avalon, núm. 3, 1990)

para el estado ‘incompleto’ de esa narración». En la novela de Verne, Peters insiste en que Pym vive y que en realidad Poe no llegó a conocerlo, escribiendo el libro basándose sólo en las notas que él mismo le entregó a su vuelta; en la de Dake, Bainbridge explica «que la *Narración* está basada en hechos reales y que Poe sólo tuvo acceso a aquellos que le sirvieron de base para la porción que escribió».

Difieren ambos autores respecto al destino final de Pym: Verne prefiere creer que no sobrevivió, y que Poe se inventó el prólogo firmado por el aventurero, «anunciando su ‘reciente muerte’ en la Nota final para no pillarse los dedos»⁷; Dake sí apuesta por su regreso –en un estado de morbidez mental–, y se ajusta a lo escrito por Poe cuando dice: «El joven Pym se embarcó con destino a los Estados Unidos, donde halló una muerte ‘repentina’ y ‘deplorable’ a consecuencia de alguna ‘catástrofe’».

7 *Ibíd.*

Un Extraño descubrimiento y la novela de «razas perdidas»

A strange discovery fue publicada por la casa H. Ingalls Kimball de Nueva York en 1899. Como continuadora de la Narración, la obra posee el atractivo de ver a los personajes de Poe –lejos de su contexto original de “viaje imaginario”–, moviéndose en el terreno de la novela convencional de “razas perdidas”; un subgénero de la ciencia ficción que conoce su mejor momento entre la aparición de *Ella* (1887) de H. Rider Haggard y *Horizontes perdidos* (1933) de James Hilton.

Aunque entre ambos existen importantes diferencias, este subgénero de «mundos, tierras, ciudades y/o razas perdidas» sería una puesta al día de los «viajes imaginarios» dieciochescos, fruto éstos de un mundo aún «abierto» geográficamente hablando, y de otro ya sin «tierras incógnitas» en su cartografía los primeros. En las narraciones de «viajes imaginarios» «el protagonista parte de un escenario conocido por él y sus lectores, para regresar al cabo y dar cuenta de sus insólitas peripecias»⁸; la aportación más notable del

⁸ Thomas D. Clareson en su introducción a *A strange*

subgénero de «razas perdidas» es el hallazgo previo de un antiguo documento o libro relatando algún increíble descubrimiento arqueológico o geográfico. Conforme se agotaban las opciones, se tendía a ubicar estos «mundos preservados» –el término es de Augusto Uribe– en regiones del globo cada vez más inaccesibles. Adicionalmente, la explicación científica y/o pseudohistórica es característica de estas obras: la geología, la antropología y las obras de «filósofos de la Atlántida», como Ignatius Donnelly y W. Scott-Elliot, ejercieron una considerable influencia sobre Verne, Haggard y sus seguidores. Las líneas argumentales básicas del subgénero, según Thomas D. Clareson⁹, son simples: «el protagonista, por lo general un explorador norteamericano o británico, se topa con los supervivientes de una antigua cultura en alguna región inexplorada hasta entonces: asirios, cartagineses, romanos o egipcios..., quedando prendado de su reina, princesa o sacerdotisa pagana. A menudo es ella quien debe tomar la iniciativa, pues el anglosajón no concibe que una mujer tan increíblemente hermosa pueda

discovery (Gregg Press, 1975).

⁹ *Ibíd.*

desearlo; el amor entre ambos es profundo pero casto.»

En el *Pym*, como señala el profesor Clareson, Poe hace partícipe al lector de su propio mundo interior, situándolo desde el principio en primera línea de los acontecimientos descritos. Dake por su parte, sirviéndose de los recursos enunciados anteriormente, empieza por anunciar un *descubrimiento* de suma importancia para «los amantes de la literatura y los buscadores de lo insólito y lo maravilloso»; un *descubrimiento* que a lo largo de la novela es *diseccionado* por caballeros cultos que, aun apreciando los méritos literarios de Poe, se ven en el deber de explicar racionalmente cuanto oyen. Salvo para el célebre grito “¡*Tekeli-li!*”, hayamos una explicación a todos los enigmas planteados en el *Pym*: los jeroglíficos de los abismos de Tsalal, la cortina de vapor, la gran figura blanca... Como dice L. W. Currey¹⁰: «aquí vemos al autor destruir el arte de Poe, sustituyéndolo por una narración ahogada por las excrecencias didácticas del ‘romance científico’ de finales del siglo XIX.»

10 En su introducción a *A strange discovery* (Gregg Press, 1975).

Se podría pensar que esta obsesión de Dake por la verosimilitud de los hechos narrados es impropia de la obra que trata de continuar, pero ello no debe impedirnos disfrutar de sus aportaciones: Hili-li –el fabuloso reino perdido entre los hielos antárticos–, la hermosísima dama Lilama y el sabio inmortal Masusæli –tan anciano como para haber asistido a Imhotep en el diseño de la «Pirámide Escalonada» de Menfis–, los actos desesperados y heroicos de Arthur Gordon Pym y Dirk Peters y su posterior expulsión del edén austral... En palabras de Currey: «*Un extraño descubrimiento* puede ser vista, a pesar de su excesivo didactismo, como una eficaz continuación o finalización de la *Narración* de Poe.»

El diario perdido de Drake y la Ciudad de los Césares

A pesar de lo apuntado más arriba por el profesor Bailey, *Un extraño descubrimiento* comparte numerosos temas con la novela utópica *Symzonia*; no en vano la principal contribución norteamericana al género de los «viajes imaginarios». En ambas obras, el «democratismo» que inspira a sus respectivas sociedades «ideales» se refleja en su

arquitectura: «Los edificios [de Symzonia] eran todos lo suficientemente grandes para la utilidad y la comodidad, pero ninguno de ellos tan ostentoso u ornamentado que pareciera haber sido erigido como monumento a la vanidad de su titular»; «en la antigua Grecia a un verdadero demócrata le habría repugnado la diferencia extrema entre la grandeza de los edificios públicos y la miseria de las viviendas particulares; pero en Hili-li ambos órdenes constructivos conviven en una relación perfectamente justa de elegancia, siendo cada uno admirable en su estilo». Ambas sociedades se han purificado expulsando a sus elementos indignos – fundamentalmente jóvenes– a regiones inhóspitas: a un lugar cercano al Polo Norte los symzones, y a las cadenas montañosas que rodean *su* gran cráter central, los hili-litas. Los dos pueblos poseen «maravillosas facultades mentales»; Peters dice que los hili-litas parecían saber siempre lo que estaba pensando, y que eran capaces de anticipar y frustrar sus actos cuando así lo deseaban; aún así, no parece que aplicaran de forma práctica todo este potencial. Por último, ambas obras incluyen un alegato contra la actitud contemplativa y pasiva de los ciudadanos

de sus respectivas utopías: el discurso de Fultria en Symzonia y el de Medosus en Hili-li.

A continuación examinaremos los principales temas originales aportados por Dake: El «diario perdido» de Sir Francis Drake y la Ciudad de los Césares.

Según es fama, Francis Drake (1543-1596) entregó un registro de su periplo de 1577-1580 a la reina Isabel, pero debido a la insólita naturaleza de sus descubrimientos, se mantuvo en secreto y ningún ejemplar ha aparecido nunca. Los historiadores del siglo XIX tuvieron que conformarse con las informaciones proporcionadas por el piloto portugués Nunho da Silva –Dake se refiere a él en su novela sin nombrarlo–, al virrey de México en 1579. Diez años después de la publicación de *Un extraño descubrimiento* el detallado registro de da Silva fue descubierto en el Archivo General de Indias. Basándose en los documentos que tenía a su alcance en aquel momento, Dake sostiene que «durante esta travesía de tres años, Drake perdió el rumbo durante un mes; de hecho, existe un paréntesis de dos meses en su ‘diario’». Dice Derek A. Wilson¹¹ que «siempre

11 *The world encompassed: Francis Drake and his great voyage* (Harper & Row, 1977).

ha habido cierta confusión respecto a los movimientos de los buques de Drake durante las tormentas de septiembre y octubre de 1578», y L. Sprague de Camp¹² que «Sir Francis Drake constataría la naturaleza insular de la Tierra del Fuego, en el transcurso de una tormenta que desvió su barco hacia el suroeste cuando navegaba por el estrecho de Magallanes». En algún momento de estos extravíos la nave de Drake habría arribado, supone Dake, a las costas del Reino de Hili-li.

«Podría referirle otras muchas antiguas leyendas y tradiciones, altamente sugerentes –asegura uno de los narradores de *Un extraño descubrimiento*–, sobre tierras habitadas por un pueblo civilizado y culto en el Océano Antártico». La descripción que hace Peters del reino de Hili-li, y la contenida en el extraño librito escrito en 1594 descubierto por el doctor Bainbridge en la Biblioteca Astor, recuerdan poderosamente a las leyendas sobre la «Ciudad Encantada de los Césares». Para empezar, se suponía que ésta había sido fundada por náufragos o exiliados; sus habitantes son blancos y su jefe es

12 *De la Atlántida a El Dorado* (Luís de Caralt, 1967).

denominado 'Rey Blanco' –Peters lo describe como un «viejo con ojos terribles e inhumanos y barba como un cúmulo de nieve»–. Francisco Cavada¹³ refiere la forma actual con que figura en el folklore popular: «César es una ciudad encantada. No es dado a ningún viajero descubrirla 'aun cuando la ande pisando'. Una niebla espesa se interpone siempre entre ella y el viajero [¿la cortina blanca de vapor?]. Sólo al fin del mundo la ciudad se hará visible para convencer a los incrédulos que dudaron de su existencia. El pavimento de la ciudad es de plata y oro macizos. El que una vez ha entrado en la ciudad, pierde el recuerdo del camino que a ella le condujo y no se le permite salir sino a condición de no revelar a nadie el secreto y de regresar cuanto antes a ella. Nada dice la leyenda del castigo impuesto a los violadores del sigilo; pero se supone que ha de ser terrible». Otra versión recogida también en Chile dice que «todo en ella es de oro, plata y piedras preciosas. Nada puede igualar a la felicidad de sus habitantes, que no tienen que trabajar para subvenir a las necesidades de la vida, ni

13 *Chiloé y los chilotes* (Santiago, 1914).

están sujetos a las miserias que afligen al común de los mortales».

Dice mi colega y amigo Sergio Fritz¹⁴: «Es curioso el nombre ‘Ciudad de los Césares’, pues aunque la historia asegure que se debe al jefe del grupo español –Francisco César–, que en 1529 partió del Río de la Plata en busca de riquezas en el cono sur americano, no deja de llamar la atención la raíz latina del vocablo empleado: el término ‘César’ hace alusión a un distintivo solar y por tanto jerárquico, un título de honor usado en la Roma Imperial». Esto lo comprenderá el lector cuando, a su debido tiempo, descubra el secreto del Reino de Hili-li.

La situación polar de la Ciudad de los Césares ha sido sugerida por el antropólogo peruano Luís Enrique Tord en diversos textos; entre ellos en éste, titulado «Platón, la Atlántida y los cronistas del Perú»¹⁵: «No es de menor importancia recordar que Pedro Sarmiento de Gamboa (1532-1592) insistía en proseguir la navegación en dirección suroeste, con la

14 «Un centro tradicional en América del sur», *Bajo los Hielos*: <http://www.bajoloshielos.cl/>

15 *La tradición clásica en el Perú virreinal* (UNMSM, Lima 1999).

intención de descubrir las tierras de las que hablaba la tradición clásica y medieval y que constaban en los mapas como Terra Australis Incognita, el continente perdido austral de Ptolomeo, la Ciudad de los Césares, la Catígara de los cosmógrafos medievales, la tierra a la que habrían arribado las diez tribus perdidas de Israel huidas del cautiverio de Salmanasar, rey de los Caldeos».

–«¿Y entonces el secreto de la gran figura blanca?»

–Eso tendrá que descubrirlo el lector entre las páginas siguientes...

Charles R. Dake de Pittsburgh, Pensilvania

Charles Romeyn Dake (1849-1899) ejerció la medicina en Belleville, Illinois. Articulista, escritor –firmó sus trabajos literarios como Charles «Romyn» Dake– y, a partir de 1893, editor de la revista *Homeopathic News*. A principios de 1899 se quitó la vida tras serle diagnosticado un cáncer de pulmón. Tuvo dos hijas y al menos una nieta. Su padre y su tío fueron conocidos homeópatas en Nashville (Tennessee).

Según el obituario publicado en el número de mayo de 1899 de *Homeopathic News*: «Charles R.

Dake nació en 1849 en Pittsburgh, Pensilvania; hijo de David Merit Dake y Mary Manule. Se graduó en el Colegio de Médicos y Cirujanos de Nueva York (Departamento Médico de la Universidad de Columbia) en 1873. Su temprana vocación se la debía a uno de sus preceptores, nada menos que el doctor F. W. Skiles, quien además de destacar por su perspicacia y erudición médica, fue conocido por declarar el ejercicio privado más lucrativo de América entre 1870 y 1880. En materia médica el doctor Dake era extremadamente liberal. Ningún hombre añadió a la fama de Hahnemann¹⁶ palabras más nobles que las que surgieron de su pluma. Las Sociedades Médicas no tenían atractivo para él, de hecho se opuso a toda organización que pretendiese ejercer algún tipo de control sobre el individuo. Aunque ningún médico ejerciente en el valle del Mississippi fue más apreciado ni tuvo mayor renombre entre sus pacientes que el Dr. Dake, probablemente no existió tampoco un médico homeópata de importancia que fuera menos conocido por la profesión médica que él. Aunque al

16 Christian Friedrich Samuel Hahnemann (1755-1843), fundador de la medicina homeopática.

final de su vida el doctor Dake redujo sus actividades casi exclusivamente a las prácticas de gabinete, fueron con frecuencia solicitados sus servicios en lugares tan alejados como Indiana, Missouri e Illinois del Norte. Pronto tuvo ocasión de declinar en el Este, y más tarde en el Oeste, honores médicos que muchos galenos se esfuerzan en vano en conseguir durante toda su vida. Ignorando ofertas en Nueva York y Pittsburgh, buscó y encontró una vida tranquila e industriosa en el Oeste. Dos veces rechazó una cátedra universitaria, una de las cuales le fue ofrecida antes de cumplir veinticinco años. Sus esfuerzos en el campo de la ficción literaria fueron aclamados por aquellos más competentes para juzgar su valor artístico».

Los «esfuerzos» mencionados por F. A. Luyties se limitan, además de la novela que he tenido el placer de traducir, a dos novelas cortas: *The limits of imagination* y *The death and resurrection of Gerald Deane*, ambas publicadas en la revista *Homeopathic News* en los números de diciembre de 1892 y mayo de 1893, respectivamente.

Óscar Mariscal
Bajo los hielos, noviembre de 2013



Un extraño descubrimiento

Cómo encontramos a Dirk Peters

Capítulo I

En cierta ocasión, mi buena fortuna contribuyó a un descubrimiento de cierta importancia para los amantes de la literatura y los incansables buscadores de lo insólito y lo maravilloso. Dado que ha transcurrido casi un cuarto de siglo desde entonces, y que otras dos personas participan de dicho descubrimiento, al lector podrá parecerle extraño que el público en general haya permanecido ignorante de un hecho aparentemente tan lleno de interés. Sin embargo, es posible explicar este silencio de forma muy sencilla, pues de los tres participantes citados, ninguno se ha decidido hasta ahora a escribir sobre ello para su publicación, y de mis dos socios, uno es un hombre reservado y retraído, siendo el otro de carácter errático y olvidadizo.

Es asimismo posible que en su momento este descubrimiento no revistiera para mí y mis compañeros esa importancia e interés general que al

fin he llegado a comprender que posee. Debido a cierto aspecto del caso, existían razones de índole personal, por las cuales no me sentía tan autorizado como cualquiera de los otros dos para dejar constancia de los hechos de dicho descubrimiento. Si alguno de ellos en todos estos años lo hubiera hecho, siquiera de forma sumaria, yo habría permanecido para siempre en silencio.

El relato que ahora me propongo poner en forma escrita ya lo he narrado varias veces, brevemente o en parte, a algunos de mis más íntimos amigos; mas todos sin excepción tomaron mis revelaciones por una fantasía y de buen grado alabaron mi imaginación y dotes narrativas; lo cual ciertamente no le hace ningún bien a mi reputación como historiador.

Con esta advertencia y la anterior explicación la cual algunas personas podrían calificar de inexcusable y casi criminal demora, procederé a la tarea.

En el año 1877 me vi obligado por las circunstancias a visitar los Estados Unidos. En ese momento, como en la actualidad, mi casa estaba cerca de Newcastle upon Tyne. Mi padre, entonces recientemente fallecido, había dejado en curso de liquidación, en los Estados Unidos, intereses

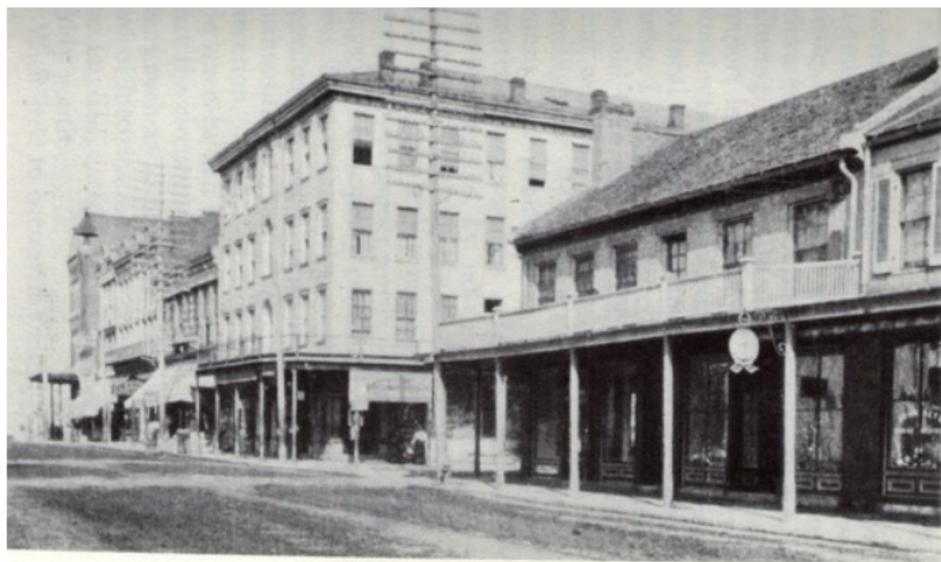
empresariales que representaban una considerable inversión pecuniaria de la que yo esperaba recuperar una gran parte. Mi abogado, por razones que me parecieron suficientes, me aconsejó no delegar en nadie mi representación en el acto de conciliación; así pues decidí partir de inmediato a los Estados Unidos. Diez días más tarde llegué a Nueva York, donde permanecí durante un día o dos y luego continué hacia el Oeste. En San Luis me encontré con algunas de las personas interesadas en mi negocio. Allí la operación tomó tal cariz que una solución definitiva dependía enteramente del acuerdo entre un caballero y yo, pero, afortunadamente para el destino de este relato, ese hombre no se encontraba en San Luis. Se trataba de uno de esos potentados autoproclamados «reyes» que abundan en los Estados Unidos; en este caso un «rey del carbón». Me dijeron que poseía una mansión verdaderamente palaciega en San Luis —que apenas utilizaba— y una vivienda con menos pretensiones muy próxima a los yacimientos carboníferos, donde residía la mayor parte del tiempo. Crucé el río Mississippi para internarme en el sur de Illinois y no tardé en encontrarme con él. Resultó ser un sencillo y honesto hombre de negocios; ninguno de los dos nos

andamos por las ramas, y en poco más de una semana tenía yo en el bolsillo cerca de 20.000 libras esterlinas y él en el suyo una transferencia de mi participación en una explotación minera y cierto ferrocarril, y ambos nos sentíamos satisfechos.

Y ahora, después de haber explicado cómo llegué a encontrarme en un entorno tan extraño para mí, no volverá a aparecer, en el curso de esta narración, mención alguna a cualesquiera negocios o intereses dinerarios.

Llegué a la ciudad de Bellevue¹⁷, en el sur del Estado de Illinois, una soleada mañana del mes de junio y me alojé en un antiguo hotel de ladrillo de cuatro pisos, la Casa Loomis, donde su dueño –un hombre corpulento de rostro rubicundo y voz de corneta– me asignó una *suite* con dos piezas: una habitación en esquina con tres ventanas que daban a la calle principal y a otra lateral, y una alcoba más pequeña.

17 Seguramente se refiere a Belleville, Illinois. Bellevue es un pueblecito del condado de Peoria, mientras que la historia se desarrolla explícitamente en una ciudad en el sur de Illinois, no lejos de San Luís, Missouri. El autor, de hecho, era médico en Belleville. N del T.



The LOOMIS House.

Debo confesar que, aun habiendo podido adelantar mi regreso a Inglaterra de haberlo deseado, me sentía allí tan cómodo como en mi propia casa. Debido al cansancio acumulado durante un periplo tan precipitado e intenso, dediqué los dos primeros días de mi estancia a descansar y no abandoné mis aposentos sino para las tres visitas diarias a la *table d'hôte*¹⁸.

18 La «mesa del anfitrión», un tipo de menú de precio fijo donde no se puede elegir entre diferentes platos. N del T.

Durante esas dos jornadas pasé mucho tiempo mirando a través de mis ventanas y haciendo un sinnúmero de preguntas al botones. Me enteré de que un vetusto edificio dos plantas al otro lado de la calle, era el hotel mencionado por Dickens en sus *Notas de América*¹⁹, en uno de cuyos pasillos conoció al frenólogo escocés doctor Crocus. El referido botones era el «chico para todo» de la Casa Loomis y, según las necesidades, lo mismo servía de chofer, de portero o de recadero; todo por turnos y nunca durante mucho tiempo. Su nombre era Arthur, poseía un curioso genio y su posición, en general, era algo más elevada que la de nuestros «botas» ingleses. En esos dos días me convertí en todo un experto en inventar perentorias necesidades personales, pues a medida que avanzaba mi estudio de la vida local desde las ventanas de mi apartamento, con frecuencia necesitaba información adicional y hacía sonar el timbre, con la esperanza de que fuera Arthur quien respondiera, como de ordinario ocurría. Era algo borrachín este joven, mas un borrachín discreto que no parloteaba incoherencias y capaz en todo

19 *American notes: for general circulation*, Chapman & Hall, 19 de octubre de 1842. N del T.

momento de vocalizar perfectamente. Con frecuencia mostraba síntomas de embriaguez al mediodía, que hacia las nueve de la noche eran ya de intoxicación etílica; pero nunca vi su equilibrio corporal seriamente perjudicado, o por decirlo claramente, jamás lo vi tambalearse. Confesaba abiertamente su afición a tomar un trago de vez en cuando, pero habría rechazado con desdén, e incluso con violencia, cualquier insinuación que le atribuyera un exceso en esa dirección. Ciertamente se refirió a épocas de su vida en las que había estado «enganchado»; lo que implicaba que las circunstancias, en tales ocasiones, impedían cualquier rechazo eficaz de la embriaguez; aunque estos episodios, se sobrentendía, remontábanse a los días de su alocada adolescencia.

Tenía muy poco en lo que ocupar mi mente más allá de los diarios de San Luis —uno de los cuales era el mejor periódico que he leído jamás a excepción, naturalmente, de nuestro Times—, pues mis maletas no llegaron hasta uno o dos días después y no disponía de mis libros favoritos; así que me aficioné a estudiar detenidamente a las personas que pasaban frente al hotel o se detenían a conversar en las esquinas; y después de conjeturar sobre las

circunstancias de aquellos que más me intrigaban, preguntaba a Arthur quiénes eran para comparar con mis propias opiniones la información por él facilitada.

Había un hombre joven, reservado y bien vestido, que tres o cuatro veces al día pasaba por la calle lateral. De él me había formado una opinión para modificarla varias veces; pero finalmente decidí que se trataba de un clérigo recientemente ordenado que acababa de llegar a la ciudad. Cuando le pregunté a Arthur si mis suposiciones iban bien encaminadas, él respondió:

—Se equivoca nuevamente; es decir, en lo que respecta al oficio del tipo —yo no había hecho antes una conjetura errónea; por el contrario, demostré una gran agudeza al identificar, de un solo vistazo a cada uno de ellos, a dos abogados y a un banquero—. Sí señor, mal otra vez y, también, atinado de nuevo.

—Doctor Bainbridge es su nombre —continuó diciendo— y es lo bastante estúpido como para establecerse aquí, con una parroquia cabalmente sana gracias a otro matasanos. Es una especie de médico homeópata o algo así; vino aquí para investigar entre nosotros cómo combatir la epilepsia, o algo muy parecido a ese mal. No ofrece ningún

medicamento que valga la pena mencionar, tiene un caballo tan gordo que apenas puede montarlo, y tampoco tiene esposa que le remiende los calzones. Dicen, no obstante, que ha conseguido buenos resultados; y el hijo de un viejo granjero que la padecía, me contó que sus ataques se hicieron más leves; pero no me creo eso, pues el chico tuvo el peor ataque de su vida después de que me lo contara. El médico respondió (o eso dicen) que era exactamente lo que él esperaba, y que se alegraba de que el ataque fuera tan severo, pues eso demostraba que el medicamento estaba funcionando.

Me llamó particularmente la atención un caballero que día tras día, y de hecho casi a cada hora, se situaba en la esquina de enfrente; y que con frecuencia llegaba, o se alejaba, en una calesa tirada por dos pequeños y briosos caballos negros. Era un hombre alto y delgado, moreno, de ojos oscuros, cabello negro y considerablemente largo y barba cerrada; parecía extremadamente nervioso y se movía constantemente de un lado a otro. Se dirigía a muchos de los transeúntes que por allí pasaban, una buena parte de los cuales se detenían a intercambiar unas palabras con él. En este último caso, sin embargo, el intercambio parecía poco equitativo ya

que era él quien conversaba, y sus opiniones, a juzgar por los gestos que realizaba con la cabeza y las manos, debían ser inconcusas.

Una de las posturas que adoptaba con más frecuencia era lanzar un brazo alrededor del farol de gas de la esquina para balancear su cuerpo adelante y atrás; a veces, cuando estaba solo, daba un giro completo alrededor del poste. Otra de sus posturas favoritas era permanecer de pie con los puños hundidos en los riñones, el pecho y los hombros bien echados hacia atrás y su cabeza erguida, mirando fijamente a lo lejos. Con respecto a la posición de este hombre en la vida reconozco que existía un margen de error muy pequeño para adivinarla; pues, además de otros indicios para elaborar una buena hipótesis, el establecimiento situado en aquella esquina ostentaba el rótulo de «botica». Cuando le pregunté a Arthur si aquel hombre era o no médico, me respondió:

—Así es señor, doctor George F. Castleton: médico, cirujano y obstetra. Debe tener un armario repleto de *hojas y bayas secas* y vende *especias de la India* en una plaza pública. Si desea morir rápido ya sabe usted adónde ir para conseguirlo. Ese tipo me cubría de salivazos hasta que una vez mis dientes no

podieron guardar silencio. Oh, ¡él lo sabe todo! La medicina no basta para saciar su intelecto. Dirige el Gobierno y declara la guerra a su antojo. ¿Dice usted que se mueve en torno a un *Gran Ideal*?, bien, le creo... pero cuando vea sus ideas moverse a su alrededor dejará de suspirar por sus huesos. ¿Por qué?, señor, ese hombre en campaña cambia de *ideas políticas* todos los días; nadie ha descubierto aún su *religión*; y además, él es un *profeta*. Tan sólo regrese a su patria sin dejarse tocar por él; si me aprecia, por favor: ¡hágalo ahora!

Todo esto fue dicho en un tono tranquilo e instructivo, sin mostrar demasiado sus sentimientos –incluso cuando los dientes fueron mencionados– y sólo puso cierto énfasis allí donde lo indican mis cursivas. No tenía ninguna intención de seguir el consejo de Arthur de regresar a casa sin «ser tocado» por el médico. Una vez despertada mi curiosidad por aquel individuo me decidí, si ello era posible, a conocerlo en persona. Me había impresionado favorablemente; tanto como a uno puede impresionarle lo visto desde una ventana de un tercer piso. Lo juzgué errático en grado superlativo pero sin un átomo de auténtica maldad en todo su ser. Había observado desde mi ventana un incidente

que me permitió atisbar el interior del corazón de aquel caballero: un macilento y menesteroso ciudadano de color, evidentemente necesitado de ayuda médica, habíase lanzado a correr hacia él mientras abordaba su coche en su esquina habitual; la manera en la que aupó al pobre hombre a la calesa seguido por él mismo, y cómo lanzóse a continuación calle abajo a una velocidad vertiginosa, no dejó ninguna duda en mi mente de que el galeno albergaba un corazón tan grande como el mundo entero. Una o dos veces durante las largas y cálidas tardes, sus palabras llegaron a mí a través de los postigos abiertos. Fui consciente de que sus brillantes y diríase que sobrenaturales ojos, me dedicaron una o dos rápidas miradas cuando en un par de ocasiones pasé cerca de una ventana abierta mirando por encima de las azoteas más bajas; y sentí que me había hecho un hueco en su mente del mismo modo que él se lo había hecho en la mía. Me pregunté si se habría formado alguna idea de mi posición social, y si así era, si había intentado corroborarla como yo hice con las mías, por medio de Arthur. Una vez le oí decir a un hombre pequeño y de aspecto apocado, aparentemente débil física y

mentalmente, y ojos enrojecidos, entrecerrados y llorosos:

—Sí señor, si yo hubiera sido Sam Tilden²⁰, la sangre en estas calles le habría llegado a las polainas —el interpelado no llevaba polainas—. Este país se tambalea al borde de un abismo más profundo que las regiones infernales. ¡Ja, ja! ¡Qué espantosa burla de la libertad humana! Ahora escúcheme, Pickles —el hombrecillo no sólo lo escuchaba, también, imagino, temblaba; de vez en cuando miraba furtivamente en torno como si temiera que alguien pudiera escuchar al médico y que esa guerra comenzara—: «el infierno no posee tanta furia como una nación desdeñada» —aquí el doctor Castleton disparó una mirada al hombrecillo para comprobar cuán favorablemente había sido acogida su sentencia, y si su cita pasaba o no por original—. Se lo repito: «el infierno no posee tanta furia como una nación desdeñada»; una nación, insisto en ello Pickles, una nación, no una mujer. Sólo hay una cosa que pueda salvar a esta

20 Samuel Jones Tilden (1814-1886) fue el candidato demócrata a la presidencia de los EE.UU en las disputadas elecciones de 1876; uno de los más controvertidos procesos electorales norteamericanos del S.XIX. N del T.

República de la decadencia: más papel moneda; montañas y montañas de billetes. Que el gobierno arriende durante un mes (o mejor un año) todas las imprentas del país; que la maquinaria murmure dulcemente mientras las notas del tesoro caen al suelo en cascada; que se recorten luego, se empaqueten y se envíen a cualquier ciudadano que, por su cuenta y riesgo, solicite esas notas sin respaldo; sin respaldo Pickles, ¡y a un dos por ciento de interés! ¿Ha estudiado lógica alguna vez Pickles? ¿No? Bien, no importa; mi cerebro está lo suficientemente bien dotado para los dos. Si el ciudadano americano es honesto y estoy convencido de que lo es, el sistema funcionará a las mil maravillas; y si es deshonesto (Dios no lo quiera ni permita que nadie lo afirme), entonces que el país se hunda, ¡y cuanto antes mejor! Compadezco a los imbéciles incapaces de comprender esta verdad. El pueblo (¿es éste un gobierno para el pueblo o no lo es?), piénselo Pickles: el pueblo obtiene dinero en cantidad suficiente, éste llega a los comercios y de ahí pasa a fábricas e importadores... ¡Y la economía fluye!

Aquí el médico se distrajo por un momento debido a alguna impresión objetiva, y sin dirigir ni

una palabra de excusa a su anonadado contertulio, se volvió hacia su calesa, que permanecía a la espera, y se alejó rápidamente; mientras que el hombrecillo de ojos llorosos, después de un momento de indecisión, se alejó calle abajo arrastrando los pies. Más tarde supe que aquellos discursos del doctor Castleton eran, en lo que al meollo del asunto respecta, desechados del mismo modo que los escritores de ficción se deshacen de sus fantasías. A veces defendía opiniones que entraban en franco conflicto con las ideas de sus interlocutores; pero en general hablaba para halagar las aficiones, ideas o deseos de sus oyentes, asumiéndolas con frecuencia y de forma exagerada como propias. En el incidente que acabo de recordar, el médico probablemente no había expresado su auténtica opinión, aunque en aquel momento su interlocutor imaginara estar frente a un intransigente defensor del antimonopolista Partido Nacional²¹; el hombrecillo era pobre, y el doctor Castleton se había limitado a desplegar ante él una imagen consoladora; al menos

21 O *The greenback party*, partido político norteamericano activo entre 1874 y 1884. Partidario a ultranza de la expansión de la masa monetaria. N del T.

eso conjeturé yo. Esta propensión del médico lo llevaba a veces a sorprendentes resultados, y, una vez al menos, a un descubrimiento de grandes proporciones como muy pronto se verá.

Era una novedad para mí presenciar —bajo circunstancias a menudo muy reconfortantes—, la manera en que los estadounidenses trataban los asuntos trascendentales de la vida y hablaban de las más ilustres y poderosas personalidades de la tierra. Fue una fuente inagotable de entretenimiento para mí, preguntar a cualquiera con quien tenía oportunidad de conversar su opinión sobre algún tema o gran personaje; pues la respuesta resultaba siempre original, muy divertida algunas veces y no pocas instructiva. En el trayecto desde el segundo turno de la cena a mi habitación, me detuve un momento en el salón de fumadores donde escuché parte de una conversación entre un anciano y un hombre de mediana edad. Después supe que el más joven era un abogado llamado Lill; caballero muy apreciado en todo el Estado, cultivado y muy convencional en su vida privada, pero un disidente inequívoco en casi toda gran cuestión social; un hombre de honor e intachables hábitos personales destinado a ocupar altos puestos en la función

pública, si tan sólo consintiera en hacer sus opiniones menos inarmónicas con las de los hombres que sujetan las riendas del poder. Al parecer estos dos caballeros no se habían visto durante un año o más y, al irrumpir yo en el salón, ponían en común sus experiencias de una manera desenfadada, agradable y confidencial. Cuando interrumpí su conversación con mi llegada, el abogado había retomado su discurso después de un momento de risas y una pausa. Serenando sus facciones y adoptando la pose de quien tiene más novedades que contar, con una pizca de picadura entre los dedos y el pulgar listo para llevárselo a la boca, y ligeramente inclinado hacia adelante para proteger la pechera de su camisa del polvo del tabaco, dijo:

—Pues bien David, he estado relejendo la Biblia este invierno pasado e insisto en pensar que se trata de un libro extremadamente inmoral. Sus enseñanzas son realmente perniciosas. ¿Que por qué, amigo mío?, ¿qué pensaría usted de esas ideas y principios condenadamente escandalosas si alguien decidiera aplicarlas con todas sus consecuencias a nuestras relaciones prácticas aquí y ahora?

Y por ese derrotero discurrió durante algún tiempo su charla para horror de su contertulio, que parecía ser cristiano al menos por educación familiar. Otro día después del almuerzo, cuando me disponía a entrar al salón de fumadores, vi participando en la tertulia a un recién llegado al que conociera en una pequeña recepción ofrecida por la Cámara de Comercio de Bellevue. Fue tras ser debidamente presentado a este caballero cuando supe que su nombre era Rowell: general Rowell; un nombre que me parecía haber leído en los periódicos de mi patria. Era un hombre fornido y de aspecto saludable, y me dio la impresión de poseer una gran fuerza mental y una febril actividad. Le oí dirigir a su auditorio, al parecer, las últimas palabras de su exposición:

—De modo caballeros, que si vengo a Bellevue y construyo una fábrica de clavos en su ciudad, sólo les pido cinco años de plazo para hacer de esa planta la más grande en su género en todo el mundo.

Por un momento, cuando escuché aquel comentario, pasó por mi mente que estaba en presencia de un excelente y divertido ejemplo del estilo americano; pero aquella fugaz impresión resultó errónea. El carácter de aquel hombre

correspondía a uno de los tipos americanos —el de los grandes emprendedores cuyos planes empresariales, aunque mastodónticos y audaces, raramente fracasan—, el genuino artículo del cual el coronel Sellerses no era sino un lamentable imitador. En este caso, la promesa se cumplió con un año o dos de sobra. El derecho a expresar una opinión personal era considerado como uno de los frutos del «Espíritu del 76», y el valor de cada opinión parecía medirse casi en su totalidad por sus méritos, incluso hasta extremos ridículos. Por ejemplo el abogado Lill o el doctor Castleton, o cualquier otro americano que yo haya conocido, independientemente de lo que pudieran pensar sobre el tema en privado, ni por un momento hubieran afirmado que su opinión era naturalmente superior a la de, por ejemplo, el factótum, Arthur. Todo ciudadano parecía poseer, también, el derecho inalienable a ser un esnob; mas sólo vi a un hombre en los Estados Unidos que hiciera uso de él. Escuché a un ex gobernador del Estado expresarse sobre este tema con esta concisa sentencia: «No tenemos aquí ley alguna contra un hombre que haga de sí un condenado histrión». Esto es: «Abe» para presidente de la República, «Dick» para gobernador del Estado y así sucesivamente.

Pero que nadie imagine que esa admiración y respeto por la verdadera grandeza de la tierra, es inferior a la que existe donde un hombre con cuatro nombres y dos títulos nobiliarios recibe mayor homenaje que el propietario de, respectivamente, tres y uno. Que las costumbres difieren de un lugar a otro es una observación inútil, pero es prácticamente todo lo que puede decirse sobre la cuestión; después de todo, los sentimientos humanos no varían mucho de una nación a otra cuando se analizan sus aspectos más íntimos.

Podría ilustrar parte de mi declaración con un incidente acaecido durante mi tercer día de estancia en el hotel. Me encontraba en mi sala de estar y Arthur acababa de traerme una jarra de agua helada que colocó sobre una mesa. Luego hizo una pausa y me miró, como si esperara la pregunta habitual sobre algún tema relacionado con mi entorno. Pero en ese preciso momento yo no tenía nada que preguntar. Después de un momento de silencio, Arthur habló:

—¿Ha visto al príncipe últimamente? —preguntó. A esas alturas estaba tan acostumbrado al modo de pensar de Arthur y a su forma de expresarse, que ni siquiera aquella pregunta me sorprendió demasiado; supuse que fue hecha a sugerencia de una mente

despierta deseosa de entablar una pequeña y agradable conversación, y que deseaba ser amable con un huésped de dos habitaciones. Inmediatamente añadió:

»Espero que esté bien; lo conocí cuando estuvo aquí hace muchos años y le di algunas ideas para su reino.»

Esbocé una amplia sonrisa. Arthur no era ningún mentiroso, solamente un poco pelmazo: me dio la impresión de ser sincero en todo a excepción de su afición al alcohol; un tema sobre el que, naturalmente, quizá fuera incapaz de formarse una noción precisa.

—¿Dónde conociste a su alteza, Arthur? —le pregunté.

—Oh, en Pittsburg, Pennsylvania. Sólo tenía ocho años entonces. No permitían que los muchachos lo vieran en el hotel, y había tantos «grandes pelucas» alrededor del joven que no fui capaz de verlo en un primer momento. Pero después de algún tiempo todos se reunieron frente al edificio para subir a sus carruajes. Tuvieron que aguardar unos minutos, y aún así no conseguí un buen puesto de observación. El vestíbulo del hotel se encontraba vacío en ese momento pues todo el mundo estaba viendo al

príncipe, así que me colé a través de la barbería en el callejón lateral y me deslicé a lo largo de él hasta la fachada principal. No estaría a más de diez o doce pies de su alteza, pero me encontraba detrás de la multitud; así que me puse a cuatro patas y me arrastré entre las piernas de la gente... Tenía al príncipe a la vista, pero dos tipos enormes se apostaban a cada lado pegándose a él. Por un momento pensé que estaba peor que antes. Entonces me di cuenta de que el príncipe tenía las piernas un poco separadas; sus rodillas estaban quizá a seis pulgadas de distancia, con una pierna delante de la otra. Yo era un chiquillo menudo, incluso para los ocho años, y vi mi oportunidad. Mi cabeza se encontraba entre sus rodillas y retorció mi cuerpo y mi cuello a fin de verle la cara, cuando miró hacia abajo para ver qué era lo que se restregaba contra él. Pareció un poco sorprendido al verme ahí abajo, pero no apreció ni una pizca de enfadado; podría haberme herido fácilmente y no lo hizo. Aparté mi cabeza tan rápido que nadie me vio. A veces me pregunto si el príncipe me recuerda, y me gustaría que se lo preguntara cuando usted regrese a su patria. Desde que soy adulto, a menudo he sentido vergüenza al pensar en lo que hice. Si usted

consiente en ello y no es mucha molestia, por favor, dígame que en los Estados Unidos sabemos hacer mejor estas cosas, pero que yo era un chiquillo entonces e ignoraba por completo la etiqueta, pues mi padre murió y tuve que abandonar la escuela para llevar algo de dinero a casa. Si es usted tan amable, dígame que espero que no esté resentido; y cuando lo haga no se olvide de escribirme unas líneas.

Capítulo II

Una semana había transcurrido desde mi llegada a Bellevue. Había sido presentado al doctor Castleton e intercambiado algunas palabras con él. También escuché varios de los discursos callejeros lanzados desde su tribuna de la esquina y mi interés por él no cesó de aumentar desde el primer día. Este interés debió haber sido recíproco, pues parecía estar esperando mi acercamiento; mas, ¿en quién no estaba él interesado? Me gustó por su bondad no fingida, me fascinaban sus formas erráticas y admiraba su intelecto brillante. Nunca antes había estado en contacto con una mente tan espontánea y versátil al mismo tiempo. Era quizá su peculiaridad más llamativa, que siempre parecía estar esperando que aconteciese algo sorprendente; y ante la carestía de novedades y sensaciones procedentes del exterior, él se encargaba de generar emoción para su comunidad. Por ejemplo, el clima se volvía más y más cálido y todo indicaba que el verano sería extremadamente bochornoso, por lo tanto, antes de que la estación finalizara, ya estábamos esperando los más virulentos brotes epidémicos de alguna enfermedad; un cometa había sido avistado por uno

de esos «cazadores de cometas», y todos nos aprestábamos a especular si no hubiera sido mejor para nosotros no haber nacido, y así sucesivamente.

En su mente bullían planes y proyectos de estadistas, burócratas y «plutócratas»: Alemania iba a eclipsar a Europa y «arrasar todo a su paso como un glaciar»; Francia estaba a punto de devolver el golpe a Prusia y «este golpe se dejará sentir como un seísmo que sacudirá la Tierra de polo a polo». No obstante creo que todos los despropósitos de aquel hombre no eran sino el producto sobrante de una mente brillante e indisciplinada en medio de la mediocridad de una anodina ciudad rural: la espuma sobre las límpidas y brillantes profundidades. Aquel extravagante caballero no habría dañado intencionalmente a un enemigo – incluso de haber tenido uno real–; él era en el fondo, y en todos los aspectos de su existencia, tan delicado como una damisela; pero parecía incapaz de vivir sin sobrecargar su cerebro de ideas dispares, y la simpatía de sus semejantes hacia sus giros mentales era para él una necesidad constante. Pocas de las personas con las que habitualmente se encontraba, aun disponiendo de tiempo suficiente, eran capaces de discutir sobre los libros que él leía, y a muy pocos

les interesaba siquiera oírle hablar de sus recientes adquisiciones literarias. Tiempo atrás y no pocas veces, había resumido en beneficio de los clientes habituales de su esquina las biografías de Alejandro y Napoleón, explicando lo que habían hecho, cómo lo habían hecho y por qué; con ejemplos en los que la ejecución de sus planes había fracasado, las razones de dicho fracaso y los métodos por los cuales, de haber estado él en sus pellejos, podrían haber alcanzado el éxito fácilmente.

Un anciano boticario, un «guerrillero rebelde» y un pintor bohemio que holgazaneaban por las tardes alrededor de la botica de la esquina, permanecían boquiabiertos en estos recitales hasta que era extraída de la mina de las maravillas la última pepita de oro.

Sin embargo, debía procurarles excitación. El buen doctor antes habría prescindido un día entero de alimento para el cuerpo que de emociones para la mente; y si la mayoría de sus oyentes se mostraban asimismo satisfechos, el objeto debía ser fuerte y novedoso, debía ser audazmente elaborado y, preferiblemente, debía ser de interés local. Dado que el médico parecía disfrutar con sobresaltos de carácter horrible o terrorífico, era poco probable que

sus invenciones en esa dirección se caracterizaran por el aburrimiento. Él no permitiría, ni aun seriamente mermado en un mal día, que un sujeto, incluso de su misma reputación, entorpeciera el desarrollo de una de sus sorpresas. Si la ciudad de Bellevue se quedaba estancada mentalmente, no sería por culpa de George F. Castleton, doctor en medicina.

Fue durante el octavo día de mi estancia en Bellevue que, partiendo del hotel una mañana, vi al doctor Castleton de pie frente a la casa Loomis en una de sus actitudes favoritas —es decir, con la cabeza y los hombros echados hacia atrás y sus manos sobre sus caderas—, mirando fijamente a un hombre joven que estaba hablando con un viejo granjero al otro lado de la calle —un joven con aire inofensivo, profundos ojos azules y pelo tieso y muy oscuro—; de hecho, se trataba del caballero de apariencia clerical a quien había visto desde mi ventana. Algo en el aspecto de aquel sujeto —tal vez su atuendo— sugería que era forastero en la ciudad. Los grandes ojos negros del doctor Castleton relampagueaban de ira y pareció alegrarse al verme aparecer. Un completo extraño en mi lugar podría haber juzgado oportuna su llegada y se habría visto a

sí mismo como un instrumento en manos del Altísimo, empleado para evitar el derramamiento de sangre. Cuando me detuve junto al médico, éste empezó a decir con mal reprimida indignación:

—Ese maldito villano de ahí tiene que abandonar la ciudad. Se presenta como médico, pero ya he puesto a rodar la maquinaria legal del gran Estado de Illinois y pienso desenmascarar a ese diabólico canalla.

Entonces, dirigiéndome una oscura e inteligente mirada, empezó a cuchichear —aunque ninguna de sus palabras anteriores había sido audible a través de la calle—.

—Un «irregular», señor; un vulgar curandero de agua con azúcar, un nudo «figura-de-9» con la cola pegada. ¿Por qué? —prosiguió en un tono más coloquial pero aún contundente—, yo he administrado dosis de sesenta granos de cloruro de mercurio y de sólo la décima parte de un grano; tuve que darle a un hombre un centenar de granos de quinina, y lo hice; he aquí la prueba —y sacó del bolsillo un pequeño fragmento redondo de hueso—, los enterré en el cerebro del tipo: el Capitel Corintio de la Humanidad, por así decirlo. Cuando ese sujeto —dijo señalando con su índice derecho el trozo de

hueso en su palma izquierda— fue pateado en la cabeza por su mula, tres de mis colegas estaban presentes en la escena, alrededor de mí, plantados como plañideras sin hacer nada. Poseo elaborados instrumentos, señor; yo no puedo leer más libros: toda la literatura del mundo está aquí —dijo tocando su frente—. He dedicado demasiado tiempo a entender las ideas de otros hombres. «Como plañideras», le estaba diciendo. «¡Denme un hurgón!», grité, «¡denme cualquier cosa!». Envié a buscar mi trépano. ¡Dios mío, cómo brotaba la sangre y cómo crujían los huesos! Levanté el hueso deprimido. El hombre vive. He hecho de todo en mi vida. Y ahora un maldito charlatán llega a la ciudad. ¿Dónde está su esposa?, pregunto yo, ¿dónde están sus sufridos hijos? Que nadie me diga que ese tipo no está casado y que no huye de su paciente esposa. Siga su rastro amigo mío, deslícese como un astuto salvaje tras su pista y seguirá usted el rastro de la destrucción: madres inconsolables, padres con el corazón roto, hijas arrodilladas en el polvo. ¿Para qué ha venido aquí? ¿Por qué no se ha quedado donde estaba?... Pero yo lo expulsaré de la ciudad, ya lo verá, con armas y bagajes: los cables están

conectados, la avalancha se aproxima, ¡está condenado!

Dos días más tarde y en el mismo lugar, hallé al doctor Castleton conversando tranquilamente con el joven de aspecto clerical, a quien el médico me presentó formalmente. El nombre del joven galeno, según lo declarado por Castleton —y como yo ya sabía—, era Bainbridge. Intercambiamos algunas palabras, me ofreció sus servicios y aceptó mi invitación a visitarme cuanto antes en mi hotel. Como mi estancia en los Estados Unidos probablemente finalizaría en unos pocos días, propuse que la noche del día en curso fuera escogida como el momento de su visita, sugerencia que aceptó de inmediato. Luego, con una sonrisa franca y serena, hizo una reverencia y se marchó. Mientras se alejaba, el doctor Castleton comentó:

—Ese joven es un genio, señor. Pertenece al Capitel Corintio de la Humanidad. Hágame caso, será el próximo prohombre de esta ciudad; será una potencia aquí en los próximos años. Leí en él, amigo mío, como podría haberlo hecho en un libro.

Entonces invité al doctor Castleton a venir a mis habitaciones esa noche, incluso si no podía

escatimar más que unos minutos a sus numerosos compromisos, y me prometió hacerlo.

—Aunque no pueda —dijo— más que presentarme para salir corriendo de nuevo.

Bainbridge, el nuevo candidato de Bellevue para la práctica médica, podía dedicar sus horas como gustara, pero Castleton, «durante veinte años el guardián de la vida de miles», debía escamotear, lo mejor que podía, unos pocos minutos a las onerosas obligaciones que le imponían los exigentes deseos de su abundante clientela.

Avanzado el día, realicé las gestiones pertinentes para el pequeño refrigerio que sería servido esa noche en mis habitaciones. Ese Bainbridge tenía algo que me impulsaba a conocerlo mejor y, de hecho, ya estaba convencido de que no me vería defraudado: sus ojos azules eran de esos que parecen comprender serenamente el mundo que escrutan... unos ojos verdaderamente fascinantes. Poseía, a mi entender, el aspecto de una persona con una gran capacidad para los placeres mundanos, pero también de una con control absoluto sobre todo lo que agradaba y repugnaba a su naturaleza. Al principio lo tomé por un caballero sumamente reservado; pero después comprobé que cuando era apropiadamente pulsado

su acorde de la simpatía, correspondía con generosos torrentes de confidencias. Así pues aquella noche me acomodé en la más espaciosa de mis habitaciones – la sala de estar–, y aguardé expectante la llegada del primero de mis dos invitados.